

de las promesas de las actuales prácticas e ideologías —como teme Habermas—. Una cultura que promueve la autodeterminación exige una mezcla tanto de exposición y conexión hacia las prácticas existentes como también distancia y disenso hacia las mismas. Así que ambas partes necesitan ofrecernos una comparación más ponderada de los peligros y oportunidades existentes en los ámbitos y procedimientos estatales y no estatales para la evaluación

del bien», «Communitarianism», en W. Kymlicka, *Contemporary Political Philosophy*, Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 222-223.

11. Cfr. M. Walzer, *Spheres of Justice. A Defense of Pluralism and Equality*, Nueva York, Basic Books, 1983.

12. Cfr. Philip Allot, *Eunomia —New Order for a New World*, Oxford, Oxford University Press, 1990.

LA METAMORFOSIS LITERARIA

Patxi Lanceros

Universidad de Deusto, Bilbao

JOSÉ M. GONZÁLEZ GARCÍA,
La máquina burocrática,
Madrid, Visor, 1989, 224 pp.;
Las huellas de Fausto,
Madrid, Tecnos, 1992, 212 pp.

Asegura la Academia y reitera el Liceo que «los poetas mienten mucho». Se trata de un tópico más viejo incluso que los dos grandes maestros del pensamiento occidental, una especie de lugar común sólidamente establecido ya en la Grecia clásica y cuyo eco llega hasta nosotros. A su través se expresa la (presunta) incompatibilidad entre el artificio literario y la racional sobriedad del texto científico: cuando de *la verdad* se trata, sólo la ciencia *sabe*, sólo la ciencia *puede*. Pero incluso fuera del ámbito epistémico, la literatura es nociva; no sólo confunde, también corrompe: «Todavía, afirma Platón (*República X*, 605 c), no hemos formulado la mayor acusación contra la poesía; pues lo más terrible es su capacidad de dañar incluso a los hombres de bien, con excepción de unos pocos».

A partir de la tradición que aquí se inaugura, se puede valorar en su justa medida el gesto displicente y heterodoxo de Goethe cuando titula su autobiografía —una de sus mayores creaciones— *Dichtung und Wahrheit*, expresión que se erige en denuncia y que invoca un territorio extraño en el que los contrarios se hallan mutua y necesariamente unidos; título mucho más profundo, evidentemente, que el de los ensayos de Dilthey reunidos en *Das Erlebnis und die Dichtung*. A la vista de la tradición que nos informa, la conjunción en Dilthey consiente una redundancia; en Goethe, una crítica. Y el carácter del título se continúa en el texto: el de Dilthey es mansamente retórico; el de Goethe, firmemente polémico. Pues si *se sospechaba* desde antiguo que la poesía (la literatura) está relacionada con la vivencia, *se sabía*, sin embargo, que está imposibilitada para el acceso a la verdad.

Por las mismas razones que nos inducen a destacar la autobiografía de Goethe, creemos que los textos de J.M. González deben ser leídos como una notable excepción y una agradable noticia. Se explora

en ellos la relación entre el lenguaje aparentemente gratuito de la literatura y la verdad de la ciencia. La problemática se plantea en torno a tres figuras máximas —Weber, Goethe y Kafka— y los términos de la misma están constituidos por el relato literario y el discurso sociológico.

No quiero ofrecer una explicación reiterativa de los puntos en los que el trabajo de J.M. González se muestra extraordinariamente convincente, basta con mencionarlos. *La máquina burocrática prueba* la contigüidad y continuidad entre el esquema weberiano y el paisaje kafkiano: solicita la ayuda de la historia para definir las líneas de un entorno sociopolítico común, especifica los puntos de contacto entre la idea de burocracia en los escritos de Weber¹ y la proyección imaginaria del ejercicio burocrático en la literatura de Kafka, profundiza incluso hasta encontrar en las figuras creadas por el literato checo una suerte de lugar de encuentro para los dos ámbitos —el de la descripción y el de la valoración— que Weber había separado (tal vez con excesiva e injustificable contundencia).

El segundo de los ensayos, *Las huellas de Fausto*, vuelve a colocar a Weber en el centro del debate. Pero aquí los términos se invierten. Si en el anterior el sociólogo surtía de materiales al literato (se pueden detectar *analogías e influencia*), en el presente es la literatura la que reclama una cierta primacía: en Weber, y aun más allá, suena la voz (nunca apagada) de Goethe. El concepto de «afinidades electivas» y el contexto en el que se constituye,² el debate entre ética y estética que formula el ciclo de *Wilhelm Meister*,³ la cuestión del destino tal y como se plantea y resuelve en *Faust*, aparecen como lugares teóricos que la sociología weberiana tiene siempre ante sí.

Ambos textos son *incontestables* en cuanto a la consecución de sus respecti-

vos propósitos. El autor acredita un escrupuloso conocimiento de los universos discursivos en los que se interna y hace gala de una apoyatura bibliográfica exhaustiva, sin omisiones ni resquicios. Partiendo de tales premisas, el resultado es sólido e irrefutable. Ahora bien, creo que los textos de J.M. González —ambos— tienen un valor suplementario que no radica ya en los autores y temas tratados sino en la problemática general que se presiente entre sus líneas, y que no es sino el viejo problema de fronteras y competencias entre el lenguaje literario y el que —por comodidad— denominaremos científico.

Tal problemática fue replanteada, una vez más, por W. Lepenies en una obra significativa que no vamos a escrutar en detalle.⁴ Se trataba allí de buscar aval y fundamento para una interesante hipótesis, según la cual la sociología se situaría como una especie de *tertium quid* o instancia mediadora entre la literatura y la ciencia. A pesar de los notables esfuerzos de Lepenies la hipótesis se resiste sin embargo a ser probada.⁵ La pretensión inicial de la sociología —ya en Weber— y su evolución posterior, ponen de manifiesto su preferencia científica (e incluso cientifista). Tal preferencia inhabilita al discurso sociológico para erigirse en espacio de mediación. Y es que tal vez el sufijo *-logía* aparece siempre como expresión y cauce de la ya mencionada rivalidad ancestral entre el discurso científico y el lenguaje literario.

El planteamiento de J.M. González ensaya implícitamente otra vía en la que la filosofía se sugiere como lugar común, como ámbito de encuentro entre la literatura y la ciencia. Efectivamente, los textos que aquí consideramos no son ni literarios ni sociológicos (la más distraída de las lecturas es capaz de percibirlo) sino filosóficos, y la filosofía se muestra en ellos como discurso implicante, tal vez el único

adecuado para acoger equilibradamente el lenguaje literario y el científico.

El interés *-sáfico* es esencialmente más amplio que el *-lógico*. No le conciernen tan sólo cuestiones de coherencia formal, adecuación metodológica y verdad objetiva. Tampoco concibe el objeto únicamente bajo la especie de lo empírico, del agregado mensurable de hechos y las relaciones que los unen formando organismo, estructura o sistema. A la filosofía —aun en sus formas más escépticas— le inquieta el ámbito meta-físico, siquiera en cuanto proyección, no desdeña la cuestión del valor; tampoco se inhibe ante el problema estético.

Y en el terreno de lo social se pone especialmente de manifiesto que la filosofía no acepta la restricción *-lógica* cada vez más orientada al cómputo y la medición, sino que incorpora reflexiones de diversa índole entre las cuales destaca la intromisión literaria.

En el fondo de la disposición filosófica a acoger el elemento literario late una triple sospecha: la de que hay una objetividad no sinónima de la mera empiria; la de que hay una verdad más amplia que la objetiva; la de que incluso la verdad —en el supuesto de que se avenga a comparecer— deja intacto el ámbito del sentido.⁶

Esta triple sospecha obliga a la filosofía a dirigir su mirada *también* a la literatura, depósito inagotable de saber e ignorancia, verdad y error, añoranza y anhelo. Y lo que descubre allí no es un fárrago insensato sino las ruinas y cicatrices que conforman la memoria colectiva (una memoria colectiva que —por supuesto— no acepta de buen grado límites convencionales como los de nación, estado, etc.).

Se aprecia —en primer lugar— que la categorización que procede de la literatura, a pesar de no someterse a estrictas directrices metodológicas y precisamente por ello, tiene mayor vigencia y universa-

lidad que la categorización científica. No es intrascendente que podamos seguir hablando de *quijotismo*, que épocas o iniciativas queden perfectamente definidas con la palabra *fáustico*, que sea contundente y preciso hablar de procesos y organizaciones *kafkianos*, que un paisaje o espectáculo se nos aparezca como *dantesco*.

Las mencionadas *categorías* —entre otras— basan su universalidad precisamente en el hecho de no reflejar la coyuntura tal cual es, de renunciar *a priori* a la objetividad de la descripción. Operan, por el contrario, un desplazamiento hermenéutico que sortea el carácter contingente o circunstancial para alcanzar la nervadura arquetípica de la situación que les sirve de soporte. Tiene razón J.M. González cuando descubre la condición *prototípica* del «guardián de la ley» kafkiano. Creo que se equivoca, sin embargo, al hallar en la presunta *literalidad* de Kafka el fundamento que hace que sus personajes y escenas se conviertan en prototipos. «Uno de los mecanismos literarios de Kafka —afirma el autor— consiste en *tomar al pie de la letra* determinadas expresiones, imágenes, metáforas o situaciones. En el caso de “En la colonia penitenciaria”, *lleva a sus últimas consecuencias* la idea de la burocracia como aparato, convertido ahora en una maquinaria de exterminio [...]. El aparato burocrático [...] *sufre una metamorfosis literaria* y se transforma en el aparato singular concebido por un antiguo comandante de una colonia penitenciaria para llevar a cabo las frecuentes ejecuciones.»⁷

La operación típicamente kafkiana consiste en «llevar hasta sus últimas consecuencias», a través de la mencionada *metamorfosis literaria*, hechos y situaciones que, por lo tanto, no son tomados al pie de la letra. La máquina que inscribe la sentencia en el cuerpo del condenado hasta el límite de la muerte y aun más allá,

los caminos que conducen y extravían en el acceso al castillo, los vericuetos entre los que se demora hasta el infinito una carta, la ingente dimensión sociopolítica de la muralla, no se adecuan a ninguna situación empírica, y sin embargo *la contienen*. Paradójicamente, son paisajes más reales cuanto menos verídicos.

La *metamorfosis literaria* se produce en la colisión de lo objetivo y lo subjetivo; y el producto del choque es metáfora o hipérbole, construcción, en cualquier caso, que lleva al límite —a las últimas consecuencias— la idea o el dato aportando sentido a la «verdad» percibida. Kafka y Goethe son exponentes máximos de este ejercicio, extraordinariamente difícil (y cuyo valor se pone de manifiesto en los ensayos que aquí comentamos).

En ambos casos la literatura rehúsa ser mero reflejo fiel (*mimesis*) del entorno. También rechaza convertirse en mera expresión subjetiva. En el espacio en que objetividad y subjetividad coinciden, quizá para anularse mutuamente, surgen las figuras pletóricas de sentido de Fausto o de la colonia penitenciaria: allí las preocupaciones íntimas del escritor y el esquema de la realidad objetiva desaparecen *como tales* para quedar fijados en un entramado que supera ambas contingencias. Por eso, las huellas de Fausto son perceptibles después de Goethe y, sin duda, antes. Por eso cabe hablar de afinidades electivas entre Weber y Kafka, pero también entre Kafka y Hobbes, y tal vez Maquiavelo, y tal vez Platón. La categoría generada en la metamorfosis literaria no es tan minuciosamente descriptiva como la conseguida a través del trabajo científico, no se adecua a la circunstancia en todas y cada una de sus manifestaciones; tiene la primera, por el contrario, mayor profundidad y amplitud, mayor potencialidad hermenéutica, puesto que su sentido no depende de la inmediatez del entorno.⁸

De esta forma hay que entender lo que antes señalábamos al respecto de que las figuras literarias —cuando llevan el lenguaje *al extremo*— son más reales cuanto menos verídicas. La realidad producida entra en relación tensional con la verdad de la ciencia, que se pretende, jurídicamente hablando, *toda* la verdad; *sólo* la verdad, parece decir el literato cuando se encamina hacia la hipérbole, cuando a través de la sinécdoque reduce la complejidad visible a su núcleo fundamental, cuando a través de una metáfora desplaza el punto de vista mostrando al entorno, no ya su fiel fotografía o reflejo especular, sino su caricatura, ese otro reflejo perverso al que aludía Valle-Inclán al definir el esperpento.

Lo específico de la metamorfosis literaria —que de esta forma introduce la *leyenda* en la historia— radica en que el escritor no se relaciona con la realidad objetiva, sea natural, sea socialmente constituida, a partir de la pura y mera consciencia; pero tampoco en la más absoluta orfandad con respecto a ella. Frente a las posturas extremas de Valéry (*écrire en toute conscience et dans une entière lucidité*) y Shelley (*the mind in creation is a fading coal*), cabe una tercera, que introduce la *imaginación* como soporte de la creatividad literaria.

La imaginación está en la base del *relato* (literario); y no consiste en el simple desvanecimiento de la consciencia sino en la complicidad con lo inconsciente (el *magical accident* de Dylan Thomas) que posibilita una *relación* diferente (no en términos de oposición) entre lo propio y lo ajeno, entre lo objetivo y lo subjetivo.

De ello resulta que, cuando el lenguaje literario llega al extremo, la imaginación produce figuras autónomas con respecto al sujeto y al entorno, figuras que acogen simultáneamente lo propio enajenado y lo ajeno imaginariamente apro-

piado. Resulta evidente que *Don Quijote* no es Cervantes y que *La Mancha* no es una región geográficamente circunscribible. Don Quijote, como Fausto, como Hamlet, como la colonia penitenciaria o Macondo, pertenecen al régimen imaginario, transpersonal y extraterritorial, desde el que dialogan tanto con sujetos individualmente considerados como con descripciones y teorías que pretenden «decir la verdad» con referencia a hechos y situaciones dados.

Y si es cierto que las ciencias, por reducir la realidad a objetividad y ésta a empiria, pueden prescindir del espacio imaginario (de cuya existencia hay infinidad de pruebas), la filosofía, en rigor, no puede.

En el espacio imaginario se acumulan constelaciones de sentido que, dada su autonomía, se sobreponen a cualquier circunstancia. Se trata, por lo tanto, de un espacio móvil, en constante transformación e incremento, y tan *real* como el mundo objetivo. Tal vez a esa realidad alude Shakespeare cuando habla de «la materia de los sueños».

Lo cierto es que la filosofía, en cuyo fondo late la pregunta por el valor de las verdades y el sentido de los valores, no necesita sólo instrumentos analíticos sino también posibilidades hermenéuticas. Y si los primeros los ofrece la ciencia, las segundas se gestan en el espacio imaginario, del que la literatura es adecuada manifestación. El desplazamiento que la metamorfosis literaria produce de los tipos

ideales de Weber a los prototipos, que yo llamaría reales, de Kafka es un ejemplo de lo anteriormente dicho. Si los primeros se adecuan al análisis y a la descripción del conjunto social (típico), los segundos se elevan sobre cualquier coyuntura, inquietando a todas ellas desde su extraterritorialidad imaginaria. Se presentan, no como operador analítico sino como molde hermenéutico.

Este desnivel entre la literatura y la ciencia no hace imposible el diálogo entre ellas, no detiene el intercambio. J.M. González prueba suficientemente en sus textos que tal diálogo se produce de hecho y que es fecundo tanto para la construcción científica como para la creación literaria. Por otra parte, *entre* la literatura y la ciencia se halla la filosofía (que tolera, además, zonas de intersección con ambas).

La filosofía —siempre *crepuscular*, tal y como la caracterizó Hegel con la bella imagen del búho de Minerva— se sitúa entre el día de la claridad analítico-descriptiva y la noche onírica y confusa. Ocupa el espacio intermedio y mediador entre la luz y la sombra; interroga tanto a la ciencia como a la literatura. Concernida por ambas, se insinúa desde siempre como lugar de transición, nunca ocupado del todo, siempre presto a incorporar una nueva posibilidad. Lugar hermenéutico, en una palabra, que requiere imágenes y conceptos, figuras y esquemas, para conjugar, siquiera de forma tenue y efímera, el lenguaje del sentido.

NOTAS

1. Junto a la anunciada presencia de Max, es reseñable la adecuada mención en el texto del «segundo» de los Weber, Alfred, y particularmente de su artículo «Der Beamte».

2. *Las huellas...*, p. 49 ss.

3. *Ibíd.*, pp. 100 ss.

4. W. Lepenies, *Die drei Kulturen*, Munich, Hanser Verlag, 1985.

5. Y eso teniendo en cuenta que la mencionada obra toma como objeto de análisis la sociología en su evolución hasta la segunda guerra mundial, período de nacimiento y primeros desarrollos. La sociolo-

gía actual, predominantemente científica, haría aún más improbable la hipótesis de Lepenies.

6. Valga al respecto la frase de G.K. Chesterton: «Ha caído sobre nosotros algo que pocas veces cae sobre los hombres y que es acaso lo peor que les puede caer encima. [...] Hemos descubierto la verdad y la verdad no tiene sentido». Véase al respecto de esta problemática A. Ortiz-Osés, *Metafi-*

sica del sentido, Bilbao, Universidad de Deusto, 1989.

7. *La máquina...*, pp. 213-214. (Los subrayados son míos.)

8. Véanse *ad hoc*: J. Campbell, *Las máscaras de Dios*, vol. IV, *Mitología creativa*, Madrid, Alianza, 1992; G. Durand, *De la mitocrítica al mitoanálisis*, Barcelona, Anthropos, 1993.

LA DEMOCRACIA COMO CONQUISTA POLÍTICA Y COMO LOGRO EVOLUTIVO IMPROBABLE

Ángel Rivero Rodríguez

Universidad Autónoma de Madrid

NIKLAS LUHMANN, *Teoría política en el Estado de Bienestar* (pról. y trad. de Fernando Vallespín), Madrid, Alianza, 1993, 170 pp.

Niklas Luhmann es autor poco conocido y traducido en España. Su nombre resulta algo familiar como contertulio polémico de Jürgen Habermas¹ pero poco por los méritos de su ya impresionante obra. Hay por ello motivos para congratularse de la aparición de estos textos políticos del sociólogo teórico alemán.² Las razones, a mi parecer, que explican esta ausencia radicaría, en parte, en las características peculiares del esfuerzo teórico desplegado por Luhmann: la construcción de una original teoría general de la sociedad. En efecto, parece que a estas alturas de la modernidad, o de la posmodernidad, esa modernidad resentida de las grandes teorías, tales esfuerzos parecen abocados al fracaso y la indiferencia. Y sin embargo, la obra de Luhmann refleja un carácter bien distinto del que tenían los grandes relatos que intentaron vertebrar nuestro pasado inmediato. A diferencia de estos

últimos, en la obra del autor que comentamos hay un rechazo de las pretensiones epistemológicas contenidas en la metáfora del «espejo de la naturaleza», se abandona la idea de *fundamentación*, de puntos arquimédicos externos a la propia observación y se hace sitio a la paradoja dentro de la teoría. Es más, la reflexión de Luhmann está dirigida de manera sarcástica e irreverente, precisamente, contra estos retazos del pensamiento ilustrado. Para él, la Ilustración, como forma de pensamiento, es cosa del pasado arrumbada en la obsolescencia por la complejidad de la sociedad contemporánea. Su trabajo, en su autocomprensión, será precisamente un ejercicio de ilustración de la Ilustración, de desacralización iconoclasta de ese, ya, viejo pensamiento europeo. Media, por tanto, una gran diferencia entre la, no obstante, exagerada ambición teórica del sociólogo alemán y los grandes relatos del pasado, no quizás en el alcance que se otorga a la teoría pero sí profundamente en el estatuto de ésta. Como nos dice F. Vallespín en su introducción al libro: «Observador y observado forman parte del mismo objeto descrito, y lo quiera o